

Venciendo al Mundo

“En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo.” — Juan 16:33

A MEDIDA QUE Jesús se acercaba al final de su ministerio en la carne estaba más preocupado que nunca por el bienestar de sus discípulos. Sabía que sin la iluminación del Espíritu Santo no serían capaces de entender por completo el significado de los eventos aparentemente trágicos que rápidamente se aproximaban. Sin embargo, se esforzó por preparar sus mentes y sus corazones tanto como fuera posible para que no tropezaran y estuvieran listos para entrar en los privilegios de la Edad Evangélica que iban a abrirse en el inicio de Pentecostés. Así los ministró directamente y oró por ellos para este fin.

Los discípulos ya habían aprendido que ser un seguidor del humilde Nazareno no les traía la buena voluntad ni la aprobación del mundo, particularmente del mundo religioso de ese día. Aun habiendo momentos en que las multitudes se reunieron en torno a su amado Maestro, con demasiada frecuencia el motivo resultó ser el beneficio material que esperaban recibir de los milagros realizados, “comer de los panes” y “saciarse” (Juan 6:26). Pocos se interesaban hasta el punto de estar dispuestos a sacrificarse con el fin de ser discípulos de

Jesús y con frecuencia había oposición manifiesta hacia él.

Antes de que crucificaran a Jesús, sus discípulos probablemente pensaron que de alguna manera vencería esta oposición y se convertiría en el líder y Rey aceptado de Israel y, en última instancia, de todo el mundo. ¿No había escrito el profeta acerca de él: “Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite... desde ahora y para siempre” (Isa. 9:7)? Aún no sabían que primero era necesario que sufriera y muriera por el mundo antes de cumplirse las profecías relativas a la gloria de su reino (Lucas 24:26). Su esperanza era compartir la gloria del Maestro, que creían cerca.

Jesús no ocultó a sus discípulos la realidad de su muerte inminente, pero de alguna manera ellos creían que lo que les decía debía de tener otro significado. “Mi carne... daré por la vida del mundo”, había dicho (Juan 6:51). También les dijo que debía ir a Jerusalén, donde sufriría muchas cosas y finalmente se le mataría. Al escuchar esto, Pedro dijo: “Señor, ... en ninguna manera esto te acontezca”, lo que indica que pensó que Jesús estaba equivocado al estimar la fuerza de sus enemigos o que se le podría disuadir de exponerse imprudentemente al peligro. —Mat. 16:21,22

Jesús, sin embargo, quiso decir exactamente lo que dijo con respecto a su próxima muerte inminente, a pesar de que los discípulos no pudieran creer que realmente sucedería. Jesús sabía que todavía estaban viendo sus privilegios de discipulado en gran medida desde el punto de vista de las ventajas materiales de la gloria que esperaban obtener al estar asociados con él. De hecho, lo amaban, y amaban la causa mesiánica de la cual estaban

convencidos de que era el líder divinamente designado, pero aún no entendían tan claramente, como descubrirían más adelante, que el sufrimiento y la muerte estaban asociados con esta causa, así como la gloria y la honra. Los profetas habían predicho los “sufrimientos de Cristo” así como las “glorias que vendrían tras ellos”, pero hasta el momento sólo conocían la gloria prometida, y esa gloria es la que esperaban compartir. — 1 Ped. 1:10,11; Isa. 53:1-12

Jesús lo sabía, así que en los últimos días de su ministerio se esforzó por prepararlos para lo que preveía que aún sería su experiencia. “Si el mundo os aborrece”, dijo, “sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero... yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán.” “Estas cosas os he hablado”, continuó el Maestro, “para que no tengáis tropiezo. Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora en que cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios.” —Juan 15:18-20; 16:1,2

Parece que no hay manera de malinterpretar el significado de afirmaciones como éstas, ya que hablan de una inminente calamidad. Además de decirles que la muerte podría ser su recompensa por seguirle, también les advirtió: “He aquí la hora... ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo” (Juan 16:32). Tales declaraciones, provenientes de una fuente confiable, ciertamente podrían generar temor y un temible presentimiento de un futuro desastre. Sin

embargo, Jesús explicó además: “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo.” —v. 33

Palabras como las anteriores parecen una forma extraña de animar a la gente y calmar sus corazones. Sin embargo, es bueno notar que no fue tanto la advertencia de futuros problemas lo que se calculó para dar paz y buen ánimo a los discípulos, sino el hecho de que cuando llegaran, comprenderían su significado y se darían cuenta de que tenemos el privilegio de sufrir con él. Jesús quería que supieran también que ha vencido al mundo y que a ellos también se les daría fuerzas para vencerlo si permanecían fieles. Con esta garantía de victoria podrían tener “buen ánimo” a pesar de la oposición del mundo. Saber que sufrían con el Maestro no disminuía su dolor, pero les daría valor para continuar.

LA GUERRA CRISTIANA

En el ejemplo dado por la propia vida y ministerio de Jesús, y a través de sus enseñanzas, así como por las de sus apóstoles, está claro que la vida cristiana es una lucha contra la oposición; una guerra en la que estamos inmersos en el combate contra los formidables enemigos, que sin duda nos dominarían a menos que nos asistiera la fuerza divina para superarlos. Satanás, el diablo, es el jefe de nuestros enemigos, y sus aliados son el mundo y nuestra propia carne caída (1 Pedro 5:8). Como nuevas criaturas en Cristo Jesús, nos encontramos enemistados con estos tres, y esta lucha continuará mientras estemos en la carne.

Descriptivos de nuestros esfuerzos por someter la carne son términos bíblicos como “mortificar” y “crucificar” (Col. 3:5; Rom. 6:6; Gál. 2:20; 5:24; 6:14). Hablando de sí mismo el apóstol Pablo escribió: “Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre” (1 Cor. 9:27). Por otro lado, el término “vencer” se usa en el Nuevo Testamento para describir la victoria del cristiano sobre Satanás, y sobre el mal que es la base del mundo del cual él es el príncipe. “No seas vencido do lo malo, sino vence con el bien el mal”, escribe Pablo (Rom. 12:21). Juan habla de vencer al “maligno” (1 Juan 2:13,14) y de que el “nacido de Dios vence al mundo.” —1 Juan 5:4

El apóstol Juan quedó muy impresionado con lo que el Maestro dijo sobre la superación del mundo, ya que no sólo hizo un registro en su Evangelio, que Mateo, Marcos y Lucas no hacen, sino que amplía este tema en sus epístolas. Juan también parecía apreciar en gran medida el pensamiento del amor divino como se manifiesta en la venida de Jesús a ser el Redentor del hombre. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito”, registra (Juan 3:16). Y con referencia a nuestro privilegio de ser coherederos con Jesús, escribe: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios.” —1 Juan 3:1-3

Es útil al considerar el asunto de vencer al mundo recordar que ha habido dos grandes principios que operan en la tierra desde el pecado original del hombre: el amor y el egoísmo, o el bien y el mal. Probablemente fue la clara visión del apóstol Juan del amor divino y lo que significa para las criaturas de Dios, lo que le ayudaron a discernir la importancia de la declaración del

Maestro sobre la cuestión de la superación del mundo. Para Juan significaba que Jesús había salido victorioso sobre el espíritu maligno y egoísta del mundo.

El Creador, nuestro Padre Celestial, es el autor del amor, y a lo largo de los siglos ha sido su patrocinador. Satanás lo es del egoísmo. Estos dos principios han estado en guerra desde la caída del hombre. Los cristianos verdaderos a los que Dios ha llamado a servirle y que han permanecido fieles a los términos de su vocación han sido motivados únicamente por el amor; han sido “engendrados por Dios”, es decir, por su Espíritu (1 Pedro 1:3; 1 Juan 5:18). El resto de la humanidad, en mayor o menor medida, ha pasado por la vida con el principio de egoísmo controlándolo en mayor o menor grado. Ciertamente no todos han sido maliciosos, injustos o desagradables. El hombre fue creado a imagen de Dios, y los vestigios de esta imagen aún permanecen y se manifiestan en hechos de bondad por parte de muchos.

Por mucho que sean dignos de elogio, no son sólo las buenas obras ni los actos de caridad lo que constituyen la superación del mundo y de su espíritu, de lo que Jesús nos dio ejemplo. Más bien se trata de un punto de vista distorsionado sobre el objetivo de la vida, desde el principio de vivir para uno mismo hasta el principio de vivir para Dios al dedicar nuestras vidas a su servicio. Se ha dicho que la autoconservación es la gran ley de la naturaleza; es indudablemente cierto con respecto a todos los órdenes inferiores de las criaturas de Dios aquí en la tierra, y con razón. Es sólo por el pecado y el mal gobierno de Satanás, sin embargo, por el que lo

han adoptado los seres humanos como motivo dominante de la vida.

El interés propio ha llegado a ser tanto una forma de vida en el mundo que se considera normal y loable. Es un principio que en gran medida gobierna el “presente siglo malo” sobre el cual Satanás es el “príncipe” (Gál. 1:4; Juan 12:31). Esto también fue cierto en épocas pretéritas, a lo largo de los muchos siglos desde la caída del hombre de la perfección. Algunos, en lugar de estar a la deriva con las olas de egoísmo que ha barrido a la mayoría de la humanidad, han remado contra corriente: han dedicado sus vidas desinteresadamente a causas que, de alguna manera, esperan mejorar el estado actual del hombre, o al menos aliviar los sufrimientos de aquellos que no son capaces de ayudarse a sí mismos. Estos tendrán su recompensa en el debido tiempo de Dios.

La única “causa” que realmente eliminará el egoísmo y establecerá el amor en toda la tierra como modo de vida es el plan de redención de Dios a través de Cristo. Por lo tanto, los únicos que realmente pueden vencer al mundo en el momento actual, en el sentido bíblico, son aquellos que siguen fielmente sus pasos de sacrificio. Antes del primer advenimiento de Jesús hubo algunos que captaron el espíritu de la causa mesiánica y con mucho gusto dedicaron su vida a ella. Pablo enumera a algunos en el capítulo 11 de Hebreos. Moisés fue uno de ellos: “Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los

egipcios; porque tenía la mirada puesta en el galardón.”
—Heb. 11:24-26

Juan escribió que la victoria que vence al mundo es la fe. (1 Juan 5:4) Sobre esta base, Moisés fue un vencedor. Si la visión del mundo es importante habría sido una gran ventaja para Moisés permanecer en Egipto y aceptar la membresía legal en la familia de Faraón. Desde el punto de vista del interés propio tenía todo que perder y nada que ganar al abandonar y defender la causa de su pueblo. Sin embargo, como explica el apóstol, “por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible” (Heb. 11:27). Moisés tuvo fe en las promesas de Dios y confiaba en que un curso de vida coherente con esas promesas sería mejor para sus intereses eternos, aunque significara la pérdida de casi todas las ventajas terrenales.

JESÚS, EL GRAN EJEMPLO

En Jesús tenemos nuestro mayor y más amplio patrón de amor como forma de vida; no sólo nos dio ejemplo, sino que mandó amarse a sus seguidores: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado” (Juan 13:34). Sin embargo, este punto de vista no fue bien entendido ni apreciado por la gente del tiempo de Jesús, y hasta Pentecostés sus propios discípulos no comprendieron su importancia real. Al decirle al joven rico que vendiera todo lo que tenía y lo diera a los pobres éste se fue triste. Al seguir la ley de la autoconservación, había acumulado esos bienes como protección para el futuro y no estaba dispuesto a

abandonar la idea de que algún día necesitaría su riqueza. —Mat. 19:16-22; Lucas 18:18-23

Incluso los discípulos se mostraban perplejos ante este consejo para el joven rico, que parecía reflejar un abandono de todo interés egoísta. Al comentar el incidente Jesús explicó a sus discípulos que sería más fácil para un camello atravesar el ojo de una aguja que para un hombre rico entrar en el reino de Dios. Luego preguntaron: “¿Quién, pues, podrá ser salvo?” Jesús no respondió directamente a esta pregunta, simplemente observó: “Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible.” Pedro, deseando entender una filosofía tan diferente de cualquiera a la que estaban acostumbrados, dijo: “He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos?” — Mat. 19:23-27

La importancia de la pregunta de Pedro es obvia. “Lo hemos dejado todo”, dijo. En otras palabras, le estaba recordando al Maestro que, como sus discípulos, habían cumplido con las condiciones de discipulado que buscaba imponer sobre el joven rico. De hecho, su “todo” probablemente no era tanto como el del joven rico, pero el principio es el mismo. Habiendo hecho este sacrificio querían naturalmente saber qué podían esperar obtener a cambio. Este fue el quid de la cuestión de Pedro. Revela que aún no había captado el verdadero espíritu del discipulado pues para él aún era más o menos una propuesta de negocios que esperaba que le proporcionara mayores réditos, al menos en honor y prestigio, que su negocio de pesca. En lugar de ser un humilde pescador tenía la esperanza de una posición

prominente en el reino de Cristo de ser un gobernante, un príncipe, un grande entre los hombres.

Cuando Jesús anunció a sus discípulos que iba a Jerusalén y que esperaba ser arrestado allí y condenado a muerte, Pedro le amonestó: “Señor, ten compasión de ti”, o, como se lee en la *Traducción Literal de Young*: “sé amable contigo” (Mat. 16:22). La respuesta de Jesús fue: “¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres” (v. 23). Pedro estaba tratando de persuadirle de que debía permitir que el interés propio le influenciara para no ir a Jerusalén, donde sabía que sus enemigos le habían tendido una trampa para arrestarle. Al hacerlo, sin saberlo, Pedro estaba defendiendo la causa de Satanás, quien siempre alienta a los hombres a considerarse primero a sí mismos.

La gente mundana, sobre la que Satanás es príncipe, naturalmente piensa primero en sí misma la mayor parte del tiempo. Se ha convertido en el modo de vida del hombre desde los días del Edén, pero no es el camino de Dios. Jesús estaba introduciendo un nuevo camino, el del amor desinteresado. En el mundo de Dios “en el cual mora la justicia”, es la única manera permitida (2 Ped. 3:13). Sin embargo, ahora es el simple camino de los discípulos de Jesús, introducido por él durante su ministerio terrenal.

Jesús dijo: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará” (Mat. 16:24,25). Pedro había aconsejado a Jesús que salvara su

vida, pero Jesús le explicó aquí que aquellos que intenten salvar su vida, la perderán mientras que quienes la pierdan en sacrificio, la hallarán. Es dudoso que los discípulos entendieran la profundidad de esta declaración en ese momento, pero fue sólo un método con el cual Jesús explicó la diferencia entre el camino del interés propio y el del amor, amor que se manifiesta por un interés abnegado en nombre de los demás.

Jesús estaba “perdiendo su vida” sacrificándose por los demás, de hecho, por toda la humanidad. Más tarde, a las mujeres que estaban a la entrada de su tumba vacía se les mandó ir y decir a los discípulos que había sido levantado de entre los muertos, y en esa comisión se menciona especialmente a Pedro: “Id, decid a sus discípulos, y a Pedro” (Marcos 16:7). Pedro probablemente no había comprendido bien cuando Jesús explicó que las personas que pierden sus vidas en el servicio divinamente dirigido de Dios los salvaría. Sin embargo, ahora parece que Jesús, al prestar especial atención a la resurrección, quería poner la lección en la mente y en el corazón de Pedro. Sin duda el pensamiento de Jesús fue: “Dile a Pedro que mi vida ha sido salvada. Quería que me salvara evitando egoístamente el privilegio del sacrificio. Al igual que los hombres del mundo consideraba insensato que en una emergencia pensara en nadie más que en mí. Pensó que debía protegerme, pero cuando le digas que he resucitado de los muertos se dará cuenta de que mi vida se ha salvado a la manera de Dios, no siguiendo primero el principio mundano del yo.”

VENCIENDO AL MUNDO

Vencer al mundo significa que al cumplir con los términos de nuestra consagración nos oponemos al principio del egoísmo del que estamos rodeados por todas partes y dejamos nuestras vidas desinteresadamente al servicio de Dios, la verdad y los hermanos. Como cristianos hemos sido llamados fuera del mundo, y debemos permanecer separados de él y no permitir dejarnos influenciar por su punto de vista y sus propios intereses. Todavía no es el momento de reformar el mundo ni de cambiar su punto de vista general del egoísmo al sacrificio. Por lo tanto, nuestra prueba es seguir estando separados del mundo, y al abandonar el punto de vista de nosotros mismos en primer lugar, nos esforzamos en perder nuestras vidas por la causa del amor y servicio divinos.

Vencer al mundo tiene implicaciones mucho más serias que simplemente abstenerse de participar en algunos de sus placeres. De hecho, muchos de los placeres del mundo están inspirados egoístamente y, por tanto, deben rechazarlos quienes intentan vencer al mundo. Sin embargo, no pensemos que somos vencedores fieles simplemente porque nos mantenemos alejados de estas cosas.

Como seguidores del Maestro se nos está preparando para compartir con él el gobierno del nuevo mundo de Dios; por lo tanto, se nos está entrenando en los principios del amor. Bajo la influencia del amor estamos perdiendo nuestras vidas en sacrificio. Esto no significa que no tengamos alegría en la vida; de hecho, si estamos a la altura de nuestros privilegios, el gozo del Señor será nuestro. Si, por otro lado, no hemos

aprendido a apreciar el camino del amor y el sacrificio lo suficiente como para encontrarlo, y las promesas de Dios asociadas con él, una parte completamente satisfactoria que compensa con creces todas las alegrías insignificantes de este mundo, debemos examinar nuestros corazones para descubrir lo que anda mal. Si tenemos que ir al mundo para encontrar diversiones placenteras mientras ponemos nuestras vidas por Dios, podríamos cuestionar seriamente si somos o no tan victoriosos como deberíamos.

La tribulación que tenemos en el mundo de la que habló Jesús en nuestro texto de apertura será proporcional al grado en que nuestro curso en la vida sea contrario al espíritu del mundo. El mundo ama lo suyo, explicó Jesús (Juan 15:19). Si el mundo no encuentra nada en nosotros, o en nuestro modo de vida, que sea contrario a él, entonces podemos cuestionar el curso que hemos tomado o el grado de nuestra superación.

Sin embargo, si estamos venciendo al mundo, estamos obligados, en algún momento y de alguna manera, a sentir su oposición porque “en el mundo tendréis aflicción” (Juan 16:33). Sin embargo, podemos tener buen ánimo, no porque nos regocijamos en los problemas, sino debido a esta evidencia de aprobación divina. Podemos tener gozo por nuestra fe en las promesas de Dios de que, aunque ahora estamos perdiendo nuestra vida terrenal, abandonando todo lo que el mundo considera valioso, estamos seguros de lograr una vida más abundante porque “perseverando en bien hacer” buscamos “gloria y honra e inmortalidad.” —Juan 10:10; Rom. 2:7

“VENID EN POS DE MI”

El mundo de los días de Jesús se volvió contra él y finalmente lo mató. No debemos esperar un mejor trato hoy. Como explicó Jesús, el siervo no puede estar por encima de su Maestro (Juan 15:20). La razón por la que el mundo odiaba a Jesús es que su forma de vida era contraria a la de él. Con su ejemplo de sacrificio condenó su forma de egoísmo, y con sus enseñanzas expuso sus errores generalizados mientras que él mismo enseñaba verdades impopulares.

Al igual que sus discípulos, escuchamos el llamado del Maestro: “Venid en pos de mí” (Mat. 4:19). Seguir a Jesús significa mucho más que simplemente admirarlo. Seguir fielmente sus pasos significa que nuestras experiencias en el mundo serán similares a las suyas. Él ha “vencido al mundo”, sin embargo, y nosotros podemos hacer lo mismo si, como él, mantenemos ante nosotros el objetivo de la voluntad divina y confiamos plenamente en la gracia prometida por el Padre Celestial de ayudarnos en tiempos de necesidad. —Heb. 4:16

Como pronto participaremos de los emblemas de la Conmemoración de este año, alegrémonos más que nunca de lo que significan como símbolos de la muerte de Jesús como Redentor del hombre. Recordemos también que, debido a su gran obra redentora ahora tenemos el privilegio de morir con Jesús por poner nuestras vidas en hacer la voluntad de Dios. Si somos fieles en esto, seremos verdaderos vencedores, y habremos cumplido en nosotros mismos la promesa del Maestro: “Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi padre en su trono.” —Apoc. 3:21